

tad, y que de esa habilidad hizo uso cuando escribió dicha carta á su coronel Miguel López? ¿Por qué Maximiliano era Emperador y noble, y es inverosímil que él hubiera obrado así? Conocido su carácter político, no hay tal inverosimilitud.

XIII.

LO QUE DIJO EL GENERAL BERRIOZÁBAL.

En la obra del señor Pola, á las páginas 172 y 173, se lee: "El general Felipe Berriozábal, ante una persona de su confianza, conversando sobre si había habido ó no traición, nos manifestó textualmente:

—Maximiliano mandó al coronel López que entregara el punto de la Cruz al general Escobedo. Dió este paso, porque los jefes de la plaza habían tenido conferencias en las que se trató de ver cómo se salía. El general Miramón, en una de estas conferencias, al haber escuchado que el general Mejía manifestó que bastaba estar en calzoncillos y una red al hombro para salir del sitio, sin que nadie le molestase, el general Miramón dijo que el Emperador sería entonces el único comprometido, porque caería en manos de los enemigos, sin poder salvarse. Maximiliano sabedor de estas intrigas, se puso en manos de Miguel López; y de aquí su conferencia con Escobedo.

—Estas palabras del general Berriozábal son de mucho peso, por haber sido el Juez instructor del proceso que el general Escobedo, para depurar su conducta en este asunto, solicitó espontáneamente se le habiera, en 1887, proceso que fué sobreesido muy á su pesar, á poco de correr las primeras diligencias."

Quiere decir aquí el general Berriozábal que, cuando entre los jefes sitiados se trataba de acordar los medios de salir de la plaza, Mejía propuso, como más fácil y menos peligroso en su concepto, el de disfrazarse ellos, para confundirse con el común de las gentes del bajo pueblo, y de ese modo podrían salir, sin ser molestados en manera alguna; que á esto objetó Miramón que, en ese caso, el único comprometido sería el Emperador, que caería en manos de sus enemigos, sin poder salvarse; y que Maximiliano, sabedor de estas intrigas, y desconfiando de sus generales, se echó en manos del jefe que co-

nocía le era muy adicto: Miguel López; á quien por eso dió la comisión de conferenciar con Escobedo, y entregarle el punto de la Cruz.

Es evidente que la objeción del general Miramón, al medio propuesto por Mejía, era justísima; porque si bien estos dos jefes y los demás del ejército sitiado, por su tipo nacional, y por medio del disfraz, hubieran quizá podido confundirse con el común del bajo pueblo, y lograr de ese modo su evasión, respecto de Maximiliano ese medio hubiera sido contraproducente, porque, por su tipo y acento extranjeros, se le hubiera podido reconocer fácilmente. Y al tener el Archiduque conocimiento de estos hechos, dice el general Berriozábal, optó por el medio que creyó menos peligroso para él: el de entenderse con el enemigo, por medio de su adicto coronel.

XIV.

CARTA DE MAXIMILIANO AL CONDE DE BOMBELLES.

Entre los individuos que formaban el séquito de Maximiliano y su esposa cuando emprendieron su viaje de Miramar á México, venía el austriaco Conde de Bombelles, que ingresó á la corte imperial del Archiduque, con el grado de coronel, y disfrutando de una gratificación mensual de 108 pesos, además de su sueldo (1).

Y cuando Carlota regresó á Europa para solicitar nuevo apoyo á su trono, del hijo de *Hortencia de Beauharnais*, fué en su compañía el mismo Conde de Bombelles.

Allá se hallaba cuando ocurrió el sitio de Querétaro y toma de la plaza.

Maximiliano prisionero, le escribió entonces la siguiente carta: "Querétaro, 16 de Junio de 1867.—Mi querido Conde de Bombelles (2)... Suplico á U. salude de todo corazón, á todos mis amigos, á quienes nadie mejor que U. conoce, y les diga á mi nombre, que siempre he obrado fiel á mi honor y á lo que me dictaba mi deber y conciencia, y únicamente la

[1] México á través de los siglos, tomo 5º pag 653.

[2] Nótese el mismo tratamiento que en la carta presentada por López.

traición me ha entregado á mis enemigos después de una defensa larga y penosísima. Mi valiente ejército me ha secundado con lealtad, defendiendo bajo mis órdenes una ciudad abierta, sin provisiones y sin municiones durante setenta y dos días, contra un enemigo siete veces más numeroso: me faltan palabras para realzar el heroico valor de mis generales, oficiales y soldados.—Dándole á U., mi querido amigo, el último abrazo, quedo suyo afectísimo—Maximiliano (1).”

El señor Dr. Rivera, hace de esta célebre carta, los siguientes comentarios (2):—“Filosofía de la Historia. La carta al Conde de Bombelles es el Aquiles de los defensores de Maximiliano, alegando que en ella se queja de la traición de Miguel López i deduciendo de esto que el Emperador no tuvo parte en la entrega de la plaza. Pero nada más débil que este argumento. Porque Maximiliano no habla de traición de Miguel López, sino de traición en general, i en buena lógica todas las probabilidades prueban que se quejó de la traición de Napoleón III i no de alguna traición que *al mismo Maximiliano* le hiciera López: 1º Porque Maximiliano se quejó muchas veces de la traición de Napoleón, de que al retirar sus tropas de México antes del tiempo estipulado en el Convenio de Miramar, lo engañó i lo dejó entregado en manos de sus enemigos, i nunca se quejó de alguna traición de López. 2º Porque en la hipótesis de que López hubiera traicionado á Maximiliano, de las dos traiciones, la principal i la que pesaría mas en el corazón de Maximiliano era la de Napoleón; porque retirando éste sus tropas de México, con Miguel López i sin Miguel López, Maximiliano tenía que perecer; con la entrega de la plaza de Querétaro i sin la entrega de la plaza tenía que morir. 3º Porque Maximiliano en su carta á un miembro de la Corte de Viena, como era el Conde de Bombelles, deseaba dejar en la Corte de Viena una memoria perpetua de una célebre traición por la que había fracasado su Imperio. Era decente á Maximiliano quejarse ante la Corte de Viena de la traición de Napoleón, i no habría sido decente, sino ridículo quejarse ante la Corte de Viena de la traición de *su compadre* Miguel López; porque todos los dignatarios que componían aquella, habrían dicho: “¿Qué nos importa un *negocio de compadres*? El tuvo la culpa en fiarse de su compadre i en no haber tenido talento para elegir sus jefes;” mientras que Maximiliano no tenía culpa alguna en haberse fiado de la palabra de un Sobe-

[1] Anales, pag. 380.

[2] Id. „ 381.

rano de Europa. 4º ¿Por qué Maximiliano al hablar de traición no estampó con franqueza el nombre de Miguel López para alejar toda ambigüedad? ¿Por qué al hablar de la lealtad de sus generales, de sus oficiales i de todo su ejército, en el que estaba incluido Miguel López, no excluyó terminantemente á éste? Si en su carta al Conde de Bombelles se hubiera querido referir de una manera paliada á Miguel López, esto provocaría reminiscencias del carácter falso de Maximiliano, aun con sus amigos. Haría notar la diferencia entre el hecho de no haberse quejado jamás de Miguel López en Querétaro, porque conociese que su queja llegaría fácilmente á oídos de López, i el hecho de quejarse de López en una carta privada remitida á Viena, porque conociese que su queja no llegaría fácilmente á oídos de López, máxime absteniéndose de mentarlo en la carta.”

A estas oportunísimas observaciones del Dr. Rivera, conviene que nosotros agreguemos otras que está pidiendo el estudio que vamos haciendo.

Es un hecho cierto que Maximiliano se abstenía de quejarse de López; pero este silencio lo guardaba solamente cuando hablaba en presencia de mexicanos; pues delante de sus compatriotas austriacos y otros extranjeros, sí acusó, según dicen algunos de ellos, á Miguel López, como veremos adelante.

Pero entonces, ¿por qué este diferente modo de conducirse? Por la misma razón que apunta el historiador Rivera: Miguel López se hallaba presente allí en Querétaro, y Maximiliano temía que si se quejaba de él, en presencia de los mexicanos que lo visitaban, fácilmente hubieran llegado, por conducto de ellos, sus quejas á oídos de López; y éste entonces, haciendo ya á un lado toda consideración y toda adhesión al Archiduque, habría roto el sigilo que quería guardar y que se le guardara, y lo habría desmentido, acto continuo, probándole allí mismo que no había hecho otra cosa más que obedecer y cumplir su mandato. Mas en presencia de sus compatriotas austriacos y de otros extranjeros, quería aparecer limpio de toda mancha, para que éstos al regresar á su patria, lo presentaran allá, como un mártir, víctima de una gran felonía.

Ese empeño ardiente de Maximiliano de aparecer puro ante la Corte de Austria, lo están revelando las palabras que estampó en la carta al Conde de Bombelles, las cuales sino tuvieran ese objeto, estarían allí escritas sin venir al caso: “y les diga [*á mis amigos*] *á mi nombre, que siempre he obrado fiel á mi honor y á lo que me dictaba mi deber y mi conciencia, y que únicamente la traición me ha entregado á mis enemigos después de una defensa larga y penosísima.*”

Ya con esta recomendación, con este aviso anticipado, Maximiliano preparaba en su favor los sentimientos de sus amigos, para que cuando éstos oyeran hablar de una traición imputada á un coronel imperialista llamado Miguel López, creyeran ellos que á esa traición aludía el Archiduque en la carta que venimos comentando, y que por ella fué entregado en manos de sus enemigos. De esa suerte dejaba á la vez preparada en su favor, la opinión de sus compatriotas, para que cuando llegara el día de las aclaraciones, no hicieran ya mella en su ánimo las pruebas que entonces habrían de salir á luz.

Y como si no hubiera bastado la carta al Conde de Bombelles, Maximiliano dispuso en el codicilo á su último testamento, que se escribiese una relación de sus tres años de reinado en México, por don Fernando Ramírez y el príncipe don Félix de Salm Salm (1); porque conocía la adhesión de este extranjero hácia él, y comprendía que todo lo que escribiera, sería nomás para ensalzar su memoria.

Esa carta al Conde de Bombelles, en la que su autor enaltece su propio honor, y se llama á sí mismo, víctima de una traición, no es más que una arma con que quiso dotar á sus partidarios, para que cuando llegara el día de las aclaraciones y las pruebas, que él sabía que había de llegar forzosamente alguna vez, pudieran esgrimirla ventajosamente en su defensa.

Y esta arma no la entregó á sus partidarios de México, porque temía que el acusado López, tuviera pronto conocimiento de ella, y la destruyera en mil pedazos, probando antes de tiempo y desde luego, que él no era traidor, pues había obrado por orden de su Soberano, y éste no quería que en vida de él se aclarara el misterio. Por eso la remitió á miles de leguas de distancia de México, para que desde allá fuera esgrimida en su día.

Pero temeroso aún, cuando estaba forjando esa arma, que ella fuera á caer en manos de sus enemigos, ó de que sus conceptos se trascendieran hasta los oídos de López, antes de llegar á su destino, y que éste rompiera entonces el silencio y revelara incontinenti el secreto de la entrega de la Cruz, estampó la palabra "traición," achacando á ella su naufragio, pero sin expresar el nombre del traidor; para poder él decir entonces si se ofrecía el caso de que López le reclamara y pidiera explicaciones sobre esa frase, que aquella traición á que allí aludía, no era la que se imputaba á él, sinó la que le

(1) Salm Salm, obra cit. Prólogo.

habían cometido Napoleón III con retirar sus tropas del suelo mexicano antes de vencerse el plazo estipulado en el Convenio de Miramar, ó el general Márquez con el hecho de haber ido á atacar al caudillo de Oriente, sitiador de Puebla, en vez de regresar de México sobre Querétaro, en auxilio de esta plaza, como se le había ordenado; pues que ambos hechos los reputaba traiciones, como lo dijo repetidas veces.

Al tiempo de conocerse el empeño de Maximiliano en aparecer inmaculado y objeto de una traición, brota inmediatamente de su proceder, una reflexión verdaderamente abrumadora:

Temiendo en gran manera, que el secreto de su participio en la entrega de la Cruz, se conociera tarde ó temprano, tal vez aun vivo él, y no considerándose, como dijo al general Escobedo, con la suficiente fuerza de ánimo para soportar los reproches que le harían sus compañeros de armas, si desde luego tuvieran conocimiento de tal secreto, quiso arrancar de los dos personajes que creía ser los únicos que ya lo conocían, Escobedo y López, el compromiso solemne de callarlo; así se lo pidió el mismo coronel imperialista por recomendación de su Emperador; al general republicano, en la conferencia del día 24 habida entre ambos, y después el propio Archiduque al mismo general, en la del 28; igual recomendación le hizo el príncipe prisionero á López, en la carta que le escribió.

Este jefe imperialista había ofrecido al Soberano guardar silencio, mientras Escobedo callara, como se vé del Informe de éste; y de aquí el anhelo que demostraba Maximiliano en sellar los labios del general, para que así quedaran también sellados los de López.

Pues bien, ya con esas instancias, y con la promesa que obtuvo al fin por parte del general Escobedo de callar por entonces, y por igual tiempo por la parte de López, quedó Maximiliano tranquilo un tanto, siquiera mientras vivía. Y como por de pronto toda la culpa del desastre, era imputada al coronel únicamente, y la execración pública sobre él solo estaba recayendo, el Archiduque, que de ese modo veía con beneplácito, alejarse de sí todo peligro de imputación y de deshonor para su persona, pues había otro que tenía absorbida sobre sí la atención pública y era el objeto único de las abominaciones de las gentes, lejos de contener el curso uniforme de las inculpaciones á su coronel, procuró por su parte darles pábulo; no contradiciéndolas casi nunca cuando hablaba con mexicanos, ratificándolas á su vez por sí mismo, como veremos adelante, cuando se encontraba en presencia de sus compatriotas austriacos ú otros extranjeros, y escribiendo, en fin, la carta

que analizamos á un dignatario de la Corte de su patria, en términos que pudiera creerse que aludía á la traición imputada á López, para que de ese modo, unos y otros, mexicanos y austriacos, no cesaran en su empeño y su tarea de acusar sólo á Miguel López, ni apartaran de él su vista, á fin de que así no la fueran á fijar en el Archiduque mismo. De esta manera, aparecería ante el mundo aquel infeliz militar imperialista, único responsable de la catástrofe de Querétaro, con un negro borrón sobre su frente, y su autor, su verdadero y principal autor, blanco como la nieve, y trocado su cetro por la palma del martirio.....

XV.

ARGUMENTO POR EL SILENCIO DE MAXIMILIANO.

Ya hemos visto que el Padre Soria, cenfesor de Maximiliano, dijo, cuando fué interrogado, que López había sido calumniado, que era inocente y que de su conducta no se quejó el Emperador.

Vimos también en las narraciones del historiador Zamacois, y de Pradillo, sobre la toma de la plaza, la referencia de que entre los dignos jefes republicanos que visitaron á Maximiliano en su prisión, se hallaban los coroneles don José Rincón Gallardo y su hermano don Pedro; y que uno de estos jefes refirió al Archiduque la entrega de la Cruz, con todos sus pormenores, haciendo saber á Maximiliano que quien había dado entrada á la fuerza sitiadora, era don Miguel López.

Véamos ahora el comentario que hace á este punto el señor Dr. Rivera (1): "Filosofía de la Historia. Era la ocasión más oportuna de que Maximiliano se hubiera quejado amargamente de la traición de López i la hubiera reprobado públicamente en los términos más fuertes, i sin embargo no dijo ni una palabra: En el terreno indicial este silencio es sumamente desfavorable á Maximiliano. Este se quejó muchas veces de Napoleón III, muchas de Bazaine, de su hermano Francisco José, de las *viejas pelucas* (2), de Juárez i de otras personas;

(1) Anales, pag. 347.

(2) ¡Así designaba á los conservadores que le erigieron el trono.....!

pero jamás se quejó de Miguel López. Este es un argumento mai fuerte de la complicidad de Maximiliano con López en la entrega de la plaza."

Voy ahora siguiendo al Emperador en todas aquellas ocasiones oportunas en que pudo y debió, como lo requerían las circunstancias, acusar á grito abierto, de traidor, á su coronel Miguel López, y achacar á él toda la responsabilidad de aquel tremendo naufragio, para ver si en alguna de esas ocasiones, osó lanzar, en presencia de mexicanos acusación semejante, ó siquiera amarga queja contra dicho militar.

Una de tales ocasiones oportunas, fué aquella en que vió llorar á la esposa del general Mejía porque este jefe iba á morir, y ya vimos antes que Maximiliano dijo á la inconsolable dama, que aquellas lágrimas se las debía al general Márquez, cuando debía habérselas imputado á López, si fuera cierto que éste los hubiera entregado por traición propia, en manos de los enemigos.

Otra fué, aquel momento en que marchaba Maximiliano de la Cruz, que acababa de caer en poder de los sitiadores, al cerro de las Campanas, y fué alcanzado en el trayecto por López, contentándose con sólo preguntar á este, que qué era lo que pasaba, cuando la ocasión era para decirle: "Miserable traidor, maldito seas."

Otra fué, aquella en que calificó á Márquez como el mayor traidor, sin decir siquiera que también lo fuera el coronel imperialista.

Otra fué, la conferencia que tuvo la misma mañana que sucumbió la plaza, con el coronel Rincón Gallardo, guardando inconcebible calma, ante la narración de éste, no obstante las acusaciones que el mismo jefe narrador, lanzaba contra López, por los que él creía sus actos traidores, pues no había visto más que la materialidad de la entrega efectuada por aquél, pero ignoraba aún la causa secreta que la determinó.

Otra más, que ahora vamos á traer á colación, fué aquella en que Maximiliano preso en el Convento de Capuchinas, rindió su declaración preparatoria, ante el Fiscal, Juez instructor de su causa don Manuel Azpiroz: "Preguntado,—dice su declaración,—por el motivo y circunstancias de su prisión—Respondió: que cree estar preso por haber sido Emperador de México, y que las circunstancias del acto de su prisión fueron las siguientes: que en el Cerro de las Campanas, considerando que la prolongación del combate habría sido causa de que se derramase más sangre inútilmente, hizo enarbolar bandera blanca y tocar parlamento; en cuya consecuencia vino un General, cuyo nombre no recuerda, á quien se entregó para que